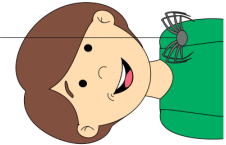


eso trataba de no acercarse a ella.

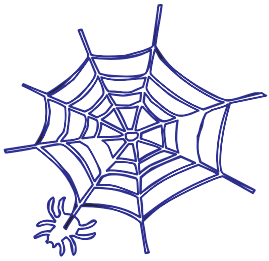
Un día la araña y la mosca se encontraron junto a la ventana. La mosca ya había visto a la araña, pero sólo de lejos. Siempre que la vela se escapaba volando porque le habían advertido que las arañas eran peligrosas. Por eso trataba de no acercarse a ella.



Paco era amigo de las arañas. Su araña preferida vivía en un rincón del techo en el dormitorio. Allí también vivía una mosca.

LA

ARAÑITA DE PACO



no veayas con ellos.

engañarte,

si los pecadores quieren

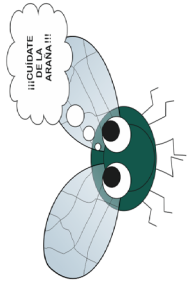
dejarlos,

ellos mismos los

El rey más sabio que jamás ha vivido se llamaba Salomón. El le habló a su hijo del peligro del pecado; y le advirtió:

JESUS TE AYUDA

Hay alguien que puede ayudarte para que no te dejes engañar como hizo la mosca. ¡Es Jesús! Pídele que te ayude a decir «¡no!» cuando seas tentado.



Un día la araña empezó a conversar con la mosca.

—¿No podríamos ser amigas, tú y yo? —le preguntó—. Yo soy amiguita de Paco y sería lindo ser también tu amiga. ¡Qué divertido que lo pasaríamos!

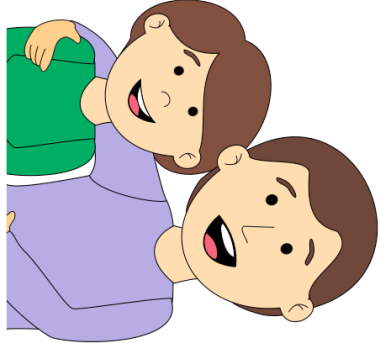
La mosca se acordó de las advertencias y sin contestar se alejó zumbando. Después de un rato volvió a la ventana y la araña estaba todavía allí.

—Ven, te voy a mostrar la casa bonita que tengo —la tentó la araña—. Es mucho mejor que la tuya.

—Puede ser —le contestó la mosca—, pero estoy conforme con lo que tengo.

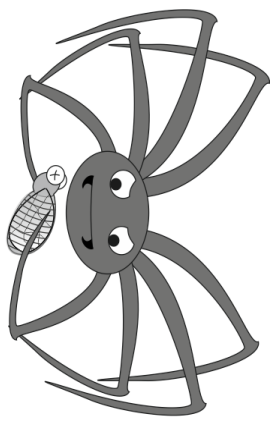
La mosca se fue porque se acordó del consejo: «¡Cuidate de la araña!»

Paco comprendió esto cuando vio a la mosca atrapada en la tela de su araña. Su papá le explicó que el diablo trata de engañarnos para que caigamos en sus trampas de pecado.



Así como la araña de Paco hizo caer a la mosca en su tela, el diablo trata de engañarnos para que caigamos en sus trampas de pecado.

Y así fue. Muy feliz, la araña se comió a la mosca. Estaba muy satisfecha por el buen trabajo que había hecho. ¡La mosca había caído en su trampa!

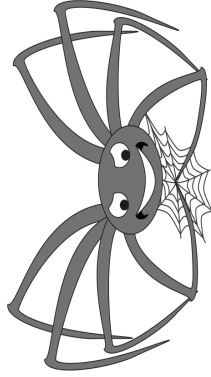


La araña se acercó a la mosca y rápidamente la envolvió con unos cuantos hilos, para asegurarse de que no escapara. Para la mosca, ¡el juego había terminado! Ella comprendió que su propio atrevimiento la había traicionado. Ya era tarde para arrepentirse. Lo único que le esperaba era ser el almuerzo de la araña.

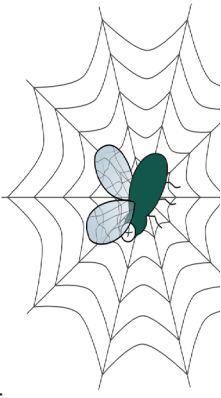
Cada vez que la mosca se acercaba, la araña procuraba convencerla; pero nada parecía interesar a la mosca. Se guió zumbando en su nueva guía.

Entonces la araña empezó a tejer una telita en el rincón de la ventana. La próxima vez que vino la mosca, no pudo disimular su curiosidad. Se acercó tanto a la telita que una de sus alas la rozó y llegó a romper algunos hilos.

La arañita no se enojó. Solo dijo: —Ya ves mosquita, no es peligroso. Ven más cerca.



La mosca se acercó más a la tela que tejía la araña. Ya se le había olvidado del consejo que le habían dado. Se puso cada vez más atrevida, sin darse cuenta del peligro en el que se estaba metiendo. *Yo soy fuerte —pensó la mosquita—. La araña no me va a atrapar.*



Apenas hubo pensado eso, voló con fuerza contra la tela para mostrarle a la araña lo fuerte que era. Esta vez no tuvo la misma suerte de antes. Ahora se le quedaron atrapadas las dos alitas en la tela de la araña. Por más que aumentó el zumbido no pudo librarse. Pobre mosquita, ¡estaba atrapada!